

San Francisco de Javier (1506-1552), entre la fe y la justicia, paradigma del evangelizador moderno

Alfredo Verdoy

Javier no fue ni el primer misionero occidental que pisó las Indias Orientales ni tampoco el más original. Sí que fue, en cambio, el primero que advirtió, vivió y plasmó algunas de las muchas características, que, en el futuro, vivieron, sufrieron y gozaron los evangelizadores del Oriente.

Los primeros que percibieron cuanto en síntesis y a modo de introducción estamos afirmando, fueron sus contemporáneos, quienes además de admirar su empuje apostólico, conocieron a través de sus cartas las nuevas tierras descubiertas y sus nuevas propuestas evangélicas¹.

Las cartas de Javier tenían y tienen al decir de enardecidos y experimentados misioneros, “más elocuencia que su misma predicación”. Juan III de Portugal (1502-1557) las besaba y las ponía sobre su cabeza y ordenaba las leyera desde los púlpitos. El Cardenal Cervini, el futuro Papa Marcelo II (1555), las coleccionaba. El misionero jesuita P. M. Mastrilli (1603-1637) las llamaba “su brújula y su carta de marear”; el beato P. Sanvitores (1627-1672) leía a diario un capítulo de la vida del Santo o una de sus cartas. San Felipe Neri (1515-1595) las leía a sus oratorianos y movido por ellas, si el Papa no le hubiera dicho que sus Indias estaban en Roma, hubiera partido para las Indias con veinte de sus discípulos. San Vicente de Paúl (1581-1660), al enviar a sus primeros hijos en 1648 a Madagascar, les aconsejó que mirasen a Javier como a su luz y que llevasen consigo su luz y sus cartas; el cardenal Lavigerie (1825-1892), fundador de los Padres Blancos, las tenía como fuente de inspiración de sus misiones africanas

El que la flor y nata de los misioneros que le sucedieron lo hayan tenido y tengan no solo como patrón, sino como inspirador de sus méto-

¹ La bibliografía sobre Javier sigue creciendo. Señalamos aquí las que nos parecen más cercanas, fáciles y prácticas: BROU, A., *San Francisco Javier. Sus métodos de apostolado*, Zaragoza 1953, 167 pp. LÉON-DUFOUR, X., *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol*, Santander-Bilbao 1998, 283 pp y VERDOY, A., *San Francisco Javier: el molinero de Dios*, Bilbao 2006, 203 pp.

dos apostólicos y evangelizadores, habla de su intrepidez y celo apostólico; de su compleja y al mismo tiempo concreta visión del nuevo mundo del Oriente; de su capacidad de adaptación; de su respeto, admiración y amor por el otro, por el distinto², que acabaría siendo hermano, amigo e hijo en el Señor y, finalmente, de su convencimiento por encima de todo tipo de condicionamientos y limitaciones de la fuerza de la palabra que lleva y trae al misionero en la búsqueda de los nuevos hijos del Dios de Jesucristo.

El Javier evangelizador, esta es nuestra opinión, no fue original, pero sí que fue lo suficientemente advertido y sutil, respetuoso y decidido, generoso y entusiasta, reflexivo y abierto, libre y comedido, esforzado y obediente a la gracia como para advertir en su propia biografía misionera y en sus postulados y prácticas apostólicas novedades, iniciativas, acciones y lecciones, que nos permiten trazar el itinerario de un hombre, que a su entusiasmo inicial, sumó capacidad de reflexión y de ponderación, hasta constituirse en uno de los referentes de la nueva evangelización.

Sin que defendamos el literalismo de sus cartas y sin que de las mismas saquemos lo que no hay, nuestro discurso sobre el Javier evangelizador y la evangelización por él emprendida, se encuentra de manera evidente y hasta palmaria en sus cartas. A ellas, pues, recurriremos y en ellas basaremos nuestro estudio y nuestras conclusiones. Preferimos el testimonio de Javier a los comentarios de sus biógrafos y estudiosos. Javier, pese a su estilo nervioso y rápido en la redacción de sus cartas, informaba bastante por menudo de sus trabajos y de los de sus colaboradores. En sus cartas, además de encontrar las claves de su vivencia espiritual, se encuentran dispersos y a la vez muy ordenados sus métodos apostólicos y evangélicos. Resultan de capital importancia para la evangelización de la India y más adelante del Oriente su correspondencia con sus colaboradores y compañeros Francisco Mansilhas y Gaspar Barceo (1515-1553).

Presentaremos en este breve ensayo lo que para Javier significó verdaderamente la evangelización; a continuación, muy en conexión con ésta, el evolutivo perfil del evangelizador del Oriente; un evangelizador, tercera parte, tan unido a Dios como para transformar y ordenar desde lo que Dios quiere y desea, desde la justicia, el mundo, las tierras y las personas por él y por ellos evangelizadas.

² LISON TOLOSANA, C., *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los Samurais, 1549-1592*, Madrid 2005, 211 pp.

1. La necesidad de la evangelización y de los evangelizadores.

Los motivos por los que Javier fue enviado a las Indias y las razones por las que demandaba fueran otros enviados, fueron espirituales y puramente evangelizadores³ (59.14,223). La misma razón por la que nunca acabó de asentarse definitivamente en ninguna de las misiones por él iniciadas. Su itinerancia evangelizadora respondía a un doble motivo, que él hizo único: a la misión que como nuncio papal le encomendaba la Iglesia y a los deseos del rey Portugal, su amigo Juan III, de cuidar y revitalizar la vida cristiana de los portugueses que habitaban las fortalezas que ellos mismos fueron construyendo en sus dominios del Oriente. Todo ello hizo de Francisco Javier un misionero único. En su misión evangelizadora, Javier no siguió, ejercicio imposible por el momento, un plan preconcebido; pero tampoco, en modo alguno, se dejó guiar por el azar. En su ánimo, al decir de Esteban Lamy, predominaba, algo así como la mirada de un general que recorre el campo de batalla, elige las posiciones que conocerán sus tropas y determina los medios de su operación. El Javier organizador no pretendió tanto actuar inmediatamente en un país cuanto calibrar las posibilidades de acción en todo Oriente. Una vez muerto, los jesuitas que inmediatamente le siguieron por los caminos que él recorrió, comienzan a aplicar los métodos que él iniciara y sobre todo a vivir e imitar su espíritu misionero y evangelizador.

No es extraño que incluso antes de conocer a fondo las necesidades de la India, advierta, que “ninguna cosa desea más esta tierra (la India) de nuestra Compañía que predicadores”, que evangelizadores, pues “aunque este año no enviádeses ningunos,...mirad en ello lo que os parece, porque os hago saber que creo que se ha de hacer mucho fruto en las Indias, según todos los que allá han estado muchos años nos dicen” (12.7,78). Años después, afirmará que si los de la región de Tuticorín tuviesen predicadores y quienes “les enseñasen en la santa fe, tengo por muy cierto que serían buenos cristianos” (19.2,103).

³ Todas las citas que a continuación aparezcan en este estudio están tomadas del libro anotado y editado por el Padre Félix Zubillaga, SJ: *Cartas y escritos de San Francisco Javier*. Una publicación castellana según la edición crítica de Monumenta Historica Soc. Iesu (1944-1945), en la cuarta edición de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1996, 556 pp. La primera de las cifras se corresponde con el número de la carta; la segunda con el párrafo y la tercera con la página de esta edición.

En su misión evangelizadora, Javier no siguió un plan preconcebido; pero tampoco, en modo alguno, se dejó guiar por el azar.

Pasado algún tiempo y conforme se vaya adentrando por los mares del Oriente, Javier, enardecido por lo que ve y siente, acabará constatando que cuanto más evangelice y más ardor ponga en la evangelización más aumentará su fe y mejor cristiano y misionero será. Examínense las razones por las que en contra de toda prudencia humana decide embarcarse hacia la Isla del Moro, tierra y pueblo, por cierto, muy despreciables, a la que está dispuesto a ir, arriesgando con su propia vida temporal, “por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos” (55.4,191). Pues son muchos los que en estas tierras “se pierden por falta de espiritual socorro” (55.9,193). Lo que le mueve a Javier a evangelizar, es, por un lado, hacer nuevos cristianos, mantener la fe cristiana de los que ya la tienen y acrecentar su experiencia de la salvación de Dios en su propia vida. Lo vivido en la Isla del Moro, lo vivirá con creces en el Japón y en sus intentos por llegar a las costas de la China.

Una vez metido en faena, Javier evangeliza y se siente sostenido en la evangelización emprendida por la fe que predica, por la fe en nuestro Señor Jesucristo. Más allá de lo anecdótico, con sus oraciones ayuda en el parto de una pobre mujer; lo obrado con este nacimiento fue motivo para que los habitantes de ese pueblo se fueran convirtiendo. (19.3,103-104). Y lo mismo en otros lugares: “Y así a los enfermos por la fe de los de casa, vecinos y suya propia, Dios nuestro Señor les hacía muchas mercedes, dándoles salud espiritual y corporal” (20.6,110). Cuantos más misioneros hubiese (20.8,110-111) más convertidos, mejores y más misioneros, mayor incremento de la fe y de la justicia habría.

Dado que en un principio, la evangelización se dirige a personas de muy baja condición social, especialmente en la India y también en Malaca, y a personas más interesadas en su propia promoción y seguridad que en cambio de vida que la nueva fe supone, Javier le recomendaba al padre Antonio de Heredia, que en el modo de tratar a los pobres, les advierta que “si ellos os representaren sus necesidades corporales, les representaréis sus necesidades espirituales, para que se lleguen a Dios, y se confiesen y comulguen, y después los ayudaréis...” (120.2,487). El principio y fundamento, pues, de su acción evangelizadora será poner junto al Dios cristiano a los nuevos creyentes; para después ayudarles en sus necesidades.

La nueva evangelización de estas nuevas tierras hará del evangelizador un nuevo buen pastor. Un pastor que por lo único que deberá preguntarse es hasta qué punto se siente vinculado y comprometido con los nuevos cristianos (70.6,268). Con la proximidad y el contacto con el otro, con el distinto, aun a sabiendas del escaso éxito de su trabajo (56.3,199), la evangelización se verá confirmada (56.2,198) y el evangelizador orientado para

siempre en una doble dirección: hacía Dios, su gloria y su servicio y hacia el hombre y su liberación integral. Con el corazón inflamado por el amor de Dios y enardecido por la caridad y el servicio a los más necesitados, el evangelizador no temerá emprender, cueste lo que cueste y aún a costa –y no es ninguna contradicción en la vida apostólica de Javier, de su vida material y espiritual– nuevas acciones apostólicas por tierras y lugares desconocidos. (54.1,184; 55.1 y 6,187 y 192; 59.15,223; 90,3-10,348-353; 96,13-16,388-391 y 131,2-6,509-510), como queda claro y explícito en el siguiente texto: “Yo, por la necesidad que los cristianos de la isla de O Moro tienen de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus ánimas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal, por socorrer a la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro, por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios N. S. deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas con el dicho Cristo nuestro Redentor” (55.4.191). Allí y no a otros lugares es donde quiere ir Javier (55.11,194; 90, 3-10,348-353). Esta será la razón y el motivo que más adelante le llevará a los mares del Japón y de la China.

Desde esta perspectiva todos los servicios y trabajos que ofrecerá y proyectará para él y para sus compañeros serán claramente apostólicos, generadores y alumbradores, por supuesto, de la justicia (16.5-6,96-97). A Javier, en consecuencia, lo que únicamente le interesaba, era el anuncio de Dios a los no cristianos y la consolidación de la fe de los ya cristianos, o de lo que es lo mismo: la confesión de la fe (53.1,181).

La confesión de la fe marcará su metodología apostólica. La oración, en consecuencia, más importante será el Credo. Un cristiano lo es en tanto crea las doce verdades contenidas en él. Hará, pues, repetir el credo a todos, grandes y pequeños, pues “cristianos no quiere decir otra cosa sino creer firmemente, sin dubitación alguna, los 12 artículos” (20.3,108). Después les enseñará los mandamientos, pues “un cristiano se dice bueno si guarda los mandamientos como Dios manda, y por el contrario, el que no los guarda es mal cristiano” (20.3,108 y 20.5,109). Para que estas y otras oraciones prendan en la vida de los nuevos cristianos, será conveniente se enseñen y recen en las lenguas de los nuevos bautizados.

La proclamación del credo supondrá, a eso va dirigido, la triple confesión en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo (48.2,165). Sólo así podrán ser explicados y enseñados los mandamientos y solo así todos demandarán “perdón públicamente a Dios nuestro Señor de la vida pasada y esto a altas voces, en presencia de otros infieles que no quieren ser cristianos, para confusión de los malos y consolación de los buenos”. Con la

triple confesión y con la confesión de los pecados, los nuevos creyentes podrán ser bautizados (48,2,166). Si Javier en algún momento sentía cómo sus brazos se cansaban de bautizar, con el paso del tiempo será más comedido, paciente y a la vez más exigente.

Si Javier en algún momento sentía cómo sus brazos se cansaban de bautizar, con el paso del tiempo será más comedido, paciente y a la vez, más exigente.

Gracias a un mayor dominio de la lengua y una más actualizada inculturación del kerigma se logrará la “profesión de nuestra fe” con el explícito ejercicio de los tres actos principales de las tres virtudes más excelentes: que son la Fe, Esperanza y Caridad” (53.2-4,181-182) Una enseñanza que terminará con un verdadero acto de amor a Dios, por lo que habrá que avisar a todos para que se “esfuerzen por arrancar de lo íntimo del corazón el acto de verdadera contrición o de dolor de los pecados, fundado en un sincero amor de Dios

ofendido” (53.6,183) y que dará paso a la enseñanza de los sacramentos. Más aún, la profesión de fe irá acompañada con la explicación y vivencia de los sacramentos, mezclados en su aprendizaje con los padrenuestros y aves marías y otras oraciones y sobre todo con la ayuda de la gracia de Dios; para terminar con los siete dones del Espíritu Santo. Confirmados en la fe, se pasará a todo lo concerniente a la esperanza con el rezo del Señor mío Jesucristo (53.5,183), se terminará con la narración de algún ejemplo (53.6,183). Este fue el camino que Javier abrió y siguieron y continuaron sus compañeros.

Vivencias y realidades espirituales que disponen, como siempre han dispuesto, a la práctica de la caridad y de la misericordia y al favorecimiento de “todos los necesitados” (17.5,99-100).

De lo aprendido y lo practicado a lo largo de su primera etapa se quedará con el kerigma, al que tan aficionado era, (pueden verse las cartas-instrucciones 114-118, páginas 458-481 a su admirado Barceo), mostrándose creativo y al mismo adaptándose a las nuevas circunstancias. El Javier descuidado, precipitado y hasta indignado por el lento progreso de la fe en tierras indias se mostrará cuidadoso de su porte exterior en el Japón de los samuráis; se alimentará, vestirá y hasta dormirá al modo japonés y en lo que respecta al trato con las autoridades y con las personas influyentes será más respetuoso que nunca, mostrándose abierto a las características de los lugares, de los tiempos y de las personas todo cuanto sea necesario y conveniente para ganar a los más influyentes para Cristo y para con ellos transformar cristianamente el mundo que se está descubriendo, para lo que se necesitará un nuevo perfil del evangelizador.

2. El perfil del evangelizador del Oriente

Si la evangelización obrada por Javier y por sus compañeros tenía como fuente la persona de Dios y como fin el encuentro con las personas divinas y la constitución de nuevas fraternidades de creyentes; fuente y fin tan concretos determinarán el perfil del evangelizador.

Al evangelizador y misionero del Oriente se le invitaba a imitar y hacer suyos el comportamiento y las acciones salvíficas y misioneras de Cristo. Más aún, a este nuevo evangelizador se le recordará que el fundamento de su vida apostólica en tierras no cristianas y muy alejadas de todo lo por entonces conocido consistirá en hacer carne de su carne la pasión salvadora de Cristo. Si el misionero no siente el valor saludable de la pasión de Cristo, ¿cómo podrá experimentar su salvación y cómo podrá transmitirla a otros? Solo “un hombre que ha pasado por la prueba, escribe el padre Leon-Dufour, no posee solamente la ciencia teórica; tiene, además un conocimiento concreto, experimental, que vive continuamente en él, de todo lo que ha de decir a los otros; la miseria del hombre y la misericordia de Dios”⁴. En aparejarse con la librea de Cristo y con los sentimientos y deseos de Cristo cifra Javier no sólo su experiencia de salvación y de salvado sino las exigencias y los criterios de la formación, primero, y del apostolado, después, de los misioneros de todo tiempo y lugar.

Dentro del catálogo de exigencias que se van transmitiendo por Javier al compás de sus viajes y de las dificultades que él mismo va experimentando, destacamos las más importantes.

Los misioneros, a imitación del Jesús evangelizador, serán personas apartadas de toda especie de avaricia, “de tal suerte, que ningunos puedan sospechar de nosotros vamos más buscando lo temporal que lo espiritual” (6.8, 63; 12.7, 78 y 16.4,95). Sus amigos y colaboradores lo serán “por sólo servicio de Dios y salvación de las ánimas quieran ir a las Indias con nosotros” (6. 8, 62). Alejados de toda avaricia, los misioneros tendrán que ser personas más de “mucho celo, bondad y magna simplicidad que de muchas letras” (12.3. 76-77). Personas y sujetos fuertes y constantes para oponerse a los perseguidores cristianos (46.4,155) y para “favorecer a los cristianos en sus persecuciones y los insultos de sus fieles” (47.2,162); resistentes físicamente (47.2.162), personas que no sean mudables (25.2,126). Probados en todo; comprometidos con sus ovejas y no con sus intereses y más si estos son económicos y mercantiles (49.7,171 y 49.8,172); capaces, aunque

⁴ LÉON-DUFOUR, X., *San Francisco Javier ...* p. 75.

sean extranjeros y apenas puedan dominar el portugués (51.3,177) y otras lenguas, de peregrinar evangélicamente hablando con seguridad y solos a donde quiera que los reclame la causa cristiana sea a Moluco, China y al Japón (60.2,228 y 63.2,240). Solo en personas así podrán confiar las autoridades (16.5,96).

“Requíeranse personas de mucha castidad y humildad, de manera que no sea notado de soberbia” (70.3 y 12,267 y 271) y con mucha capacidad para trabajar en equipo por lo que se necesitan personas “afables y apacibles con los que conversan” (70.4,267); personas mortificadas (73.7,284), que trabajen, especialmente en lugares tan distintos a los conocidos como el Japón y la China, contra su propia naturaleza. Personas humildes (90.21,358) y acostumbradas a poner toda su confianza en solo Dios (90.22,358). Gente “de treinta a cuarenta años” (79.22,302); con capacidad para hacer frente a todo tipo de tentaciones, especialmente a las que van en contra de la castidad (90.27,360 y 90.28,360) y a las persecuciones por causa de la justicia (97.6-7, 406) así como a todo tipo de distracciones e importunidades que les restarán tiempo incluso para “orar, meditar y contemplar, ni para ningún recogimiento espiritual, no pueden decir misa... para rezar su oficio les ha de faltar tiempo y aún para comer y dormir” (97.8,406). Resistentes a la presencia de la muerte, que les rondará permanentemente (97.11,406-07).

A estas cualidades físicas, psíquicas y espirituales –virtudes al fin y al cabo– les tendrán que acompañar las “letras”: tendrán que ser “buenos artistas...” (97.10,406). “Personas probadas en el mundo que hayan pasado persecuciones en él y que, por la misericordia de Dios, hayan salido con victoria; porque de personas sin experiencia de persecuciones, no se puede confiar gran cosa” (107.10,438). Personas, en suma, capaces de enfrentar los grandes retos en el campo de la justicia que la evangelización comporta.

3. Justicia y evangelización

Justicia y evangelización no es solo uno de los binomios teológico-espirituales de nuestro tiempo. La justicia constituye el ADN de la evangelización. La prueba más palpable de la evangelización iniciada por Javier fue el cambio de costumbres y el inicio de una nueva civilización, que se obró en los lugares por él evangelizados. Los nuevos convertidos, no lo olvidemos, pertenecían a las castas más bajas. Su conversión, además de proporcionarles una cierta seguridad al cobijo de las fortalezas y leyes portuguesas, les elevó a la categoría social y teológica de personas dignas. Los nuevos convertidos, independiente de dónde proviniesen y fuesen, eran los

nuevos hijos de Dios en el Oriente, capaces no solo de rezar y de constituir junto con los portugueses nuevas iglesias y comunidades sino de estudiar y regular su vida matrimonial muy próximas, en hombres y mujeres, a la poligamia, y su papel dentro de las nuevas coordenadas de un mundo en cambio. Sin la evangelización de estos pueblos la incorporación efectiva a la nueva cultura global que por entonces se estaba iniciando hubiese sido en la práctica imposible. Esta y no otra será la razón por la que Javier les pide a los colonos portugueses que defiendan y hablen bien de los nuevos cristianos convertidos recientemente: “más siempre estaréis de su parte y los defenderéis al hablar por ellos; porque, si bien mirasen los portugueses la poca doctrina que esta gente tiene, y el poco tiempo que ha que son cristianos, es más para espantarse de que no sean peores” (64.15,246)

Si la evangelización y el compromiso por la justicia no hubieran ido unidos, los nuevos cristianos pertenecientes a las clases más bajas hubiesen muerto sin piedad alguna por parte de los reyezuelos locales, de los badagas y de las autoridades musulmanas que interpretaban el acceso a la fe y a la cultura de los parias de la India como una afrenta y como una alteración del orden natural y secular de la India. Javier, adelantándose a nuestros tiempos, a su modo creó y mantuvo un campo de refugiados (32.2,134).

Si la evangelización y la justicia no hubiesen caminado juntas en su modo apostólico de proceder, Javier no se hubiese atrevido a denunciar ante don Juan III de Portugal los grandes beneficios económicos que el sistema de *padroao* proporcionaba a las arcas reales sin apenas inversión alguna en la misión evangelizadora de las Indias. “Reflexione bien y haga exacta cuenta de todos los beneficios y bienes temporales que, por la gracia de Dios, percibe de estas Indias y separe de la suma total lo que en estas regiones emplea en servicio de Dios y bien de la religión. Y así, estableciendo un sereno cotejo entre los intereses de la corona real y los de Dios y su gloria, haga la repartición que el ánimo agradecido y religioso de vuestra alteza crea buena y equitativa, teniendo cuidado de que el Creador de todas las cosas que tan pródigo se ha mostrado en concederle bienes, no parezca que recibe de vuestra alteza una remuneración escasa y parca (...) toda diligencia es poca, para terminar con estas expresiones, pues de los abundantes beneficios que de aquí van para enriquecer el real erario, sólo una partecita dedica vuestra alteza al remedio de las gravísimas necesidades espirituales que hay en estas regiones” (46.8,157). Para terminar diciéndole con la libertad que nace de la vivencia teológica de la justicia: “la experiencia me tiene enseñado que V. A. no es poderoso en la India para acrecentar la fe de Cristo, y es poderoso para llevar y poseer todas las riquezas temporales de la India” (77.2.290).

Si la evangelización y la justicia no formasen la esencia de la predicación cristiana y el anticipo del reino de los cielos a Javier le importaría un bledo la suerte de los cristianos que viven en la isla de Socotora, que “en ocho días los pueden echar de la tierra cuando vienen del Estrecho (los árabes)... es piedad grande oír las lágrimas de estos cristianos” (73.6,283) (79.8,297) y tampoco clamaría ante el robo de los gobernadores portugueses, quienes con su injusto obrar son un freno para la evangelización: “pues los capitanes que tienen esa jurisdicción sobre los cristianos de la tierra, no se aprovechan de ella más que para hacer el mal y tomar lo suyo a su dueño contra su voluntad, escandalizando a los cristianos de la tierra, y haciendo que los infieles no se conviertan por el mal tratamiento que ven hacer a los que son ya cristianos” (75.2-3,287-8).

Finalmente, en este orden de cosas y para no extendernos, Javier propone a sus colaboradores que a la hora de administrar el sacramento de la penitencia a los hombres con cargo público, les pregunten: “con mucha diligencia que os digan si (...) ¿retienes lo ajeno?” (80.15,307). Mirando las costumbres de la época tiene cuidado de las huérfanas y pone todo su cuidado y atención en que éstas no queden “desamparadas” (79.14,299).

Caridad y justicia, justicia y caridad serán los frutos de la evangelización emprendida por Javier en el lejano Oriente.

Conclusión

La formación académica que Javier recibió en París y la formación y el cultivo humano espiritual que vivió y compartió con sus compañeros, los fundadores de la Compañía de Jesús, constituyen la raíz de su experiencia evangelizadora.

El Javier evangelizador, ésta es nuestra tesis, se diferencia muy poco de sus compañeros evangelizadores en lugares y regiones como la Italia del sur y del norte, la Roma del siglo XVI, la España de Carlos V y de Felipe II, el Portugal de Juan III, la Alemania y el Imperio reformados, diametralmente diferentes de las tierras por él evangelizadas.

Sin embargo, Javier, como el resto de sus compañeros, supo aunar el anuncio explícito de la fe, el kerigma salvador anunciado y llevado a su culmen por Jesús, con la siembra y la práctica de la justicia. Su resultado al cabo de muy pocos años no solo fue una evangelización más inculturada y encarnada sino una evangelización capaz de transformar las estructuras violentas y cerradas del Oriente de un mundo violento y cerrado en sí mismo por un mundo más justo, más abierto y más en consonancia con los sueños del Dios de Jesucristo.